

Se estremecen las aguas del Mar Muerto,
Y los ángeles lloran conmovidos.

CAPITULO XX.

BESO DE JUDAS.

A través de las sombras de la noche, penetra un hombre en la ruidosa ciudad de los Herodes.

Parte de su rostro vá oculto entre los pliegues de su manto.

Su paso inseguro y medroso revela al hombre que se recata á las miradas ajenas, al criminal que avanza cautelosamente para perpetrar un crimen horrendo.

De cuando en cuando, la amortiguada luz de los faroles que penden de las aceras, deja ver su rostro cadavérico y contraído. Gruesas gotas de sudor surcan por sus lívidas y duras mejillas, las que al ser vistas infunden cierto pavor indefinible, cierta repulsion que calosfría el cuerpo y hiela el corazon.

Sus ojos hundidos en las órbitas, tienen la mirada del buitre, remedo de la que debió brillar en las pupilas de Satan, cuando las rojizas llamas consumieron á Sodoma, Gomorra y Seboin.

Sus cabellos crespos y levantados, son como la negra nube pronta á despedir un rayo estermiador sobre un campo de azucenas.

Tomando por las calles mas oscuras y ménos frecuentadas llega hasta el salon, donde el gran Consejo delibera la muerte de Jesus.

—¿Quién sois y qué quereis? le pregunta Caifas, al verle en su presencia.

—Soy Judas Iscariote, discípulo de Jesus el Galileo; y vengo á tratar con vosotros la entrega de su persona, dijo con ronca voz.

Los pontifices se vieron con asombro unos á otros y en sus semblantes irradió la alegría.

Caifas preguntó de nuevo:

—¿Qué precio pones á la cabeza de tu Maestro?

—Treinta monedas de plata me bastan; dádmelas y os conduciré hasta él.

El Consejo entregó á Judas los treinta ciclos ó reales, y éste les dijo:

—Aquel á quien yo besare es Jesus, prendédle.

Encaminóse despues al huerto de Getsemaní, donde Jesus oraba, y acercándose á El, seguido de una numerosa tropa, le besó en la frente diciendo: "Dios te salve, Maestro."

Aquel beso arrancó á los ángeles un torrente de lágrimas.

Las rocas se movieron: el mar lanzó un gemido: las violetas cerraron su cáliz con amargura: las aves, el viento y las brisas, suspiraron dolientes.

Un grito desgarrador debió arrancarse del fondo de la creacion entera.

¡Beso de Judas! sangriento sarcasmo arrojado sobre la amistad, el amor y el respeto!

¡Beso de Judas! borron que no ha de lavarse ni con todo el agua de los cinco Oceanos, ni con todas las lágrimas de todos los seres que han cruzado, cruzan y cruzarán el átomo del mundo!

¡Beso de Judas! carcajada horrible, arrojada sobre el rostro angélico de la inocencia!

¡Beso de Judas! profanacion inaudita de la prenda mas bella que tiene el amor!

Su eco resuena aun todavía sobre los escombros de la ciudad maldita: su eco aun mueve las ondas silenciosas del Mar muerto: aun se oye su vibracion en las escarpadas montañas de la Judea.

Los siglos han pasado: las generaciones se han sucedido; pero él alienta en los bosques de Sion como el aliento emponzoñado que despide la mordedura de una víbora: él marchita en boton las flores de Samaria: él es el padron de infamia que hace de la Turquía un fango de miseria, de donde la felicidad huye espantada y la virtud se aleja temerosa de manchar sus alas.

¡Beso maldito! sentencia fuiste de la muerte del Justo!

¡Los siglos sucediéndose unos á otros tendrán para tí una maldicion, y las edades todas te mirarán con horror; porque digno eres del oprobio que pesa sobre tí!

SUPLICA

Soberano Señor de todo el universo, aquí me tienes en tu presencia, no para levantar á Tí la

frente que hundida en el polvo debe permanecer, sino para pedirte el perdón, de que tanto necesita mi alma. Como Judas mil veces he hecho traicion á tu divina ley; como Judas te he vendido con el beso de la iniquidad. Pero tú puedes salvarme, porque nadie llega tarde á tus sagrados pies cuando se arrepiente. Hazme la gracia, Dios mio, de que nunca mas vuelva á ofenderte, faltando á tu santísima ley para que andando siempre en tu presencia, pueda ir algun dia á alabarte en el cielo, en compañía de tus elegidos. Amén.



CANTO XLIII.

LOS TRIBUNALES.

Aun se oye el beso del traidor apóstol
 Cuando á Jesus la turba se adelanta
 Con hachas y linternas encendidas,
 Lanzas, espadas, palos y broqueles.

„¿A quien buskais?“ pregunta Jesucristo
 Tres veces á la tropa de soldados;
 Y tres veces caen sobre la tierra
 Cadavéricos, mústios y áterrados.

Saca Pedro su espada
 Y la oreja de Malco airado corta;
 Mas Jesus le reprende con dulzura
 Y con su mano blanca á Malco cura.

Mas de tal modo empedernido se halla
 El corazon del mísero Judío,
 Que ni el ver los prodigios le contiene,
 Y en su loco y sacrílego extravio
 Voraginoso sed de sangre tiene.

Ligan sus manos con cordeles duros,
 Y de Anás al palacio le conducen;
 Pero Anás á su yerno le remite.
 Caifas, gran sacerdote,
 Le ve con alegría;
 Porque era su enemigo mas terrible,
 Y el que mas en Salem le aborrecia.

Le interroga con voz terrible y fiera;
 Y al decir que es el Hijo del Eterno
 Recibe una terrible bofetada
 En la blanca mejilla
 Que queda de dolor amoratada.

Allí pasa la noche: allí recibe
 Improperios baldones y sarcasmos:
 Allí le escupen la preciosa cara,
 En que se ven los ángeles,
 Y le vendan los ojos y le hieren
 Y le arrojan al rostro carcajadas,
 Carcajadas malditas,
 Que van á resonar en el averno,
 Como resuena el rayo estrepitoso
 En el barranco cóncavo y hundoso.

Allí sentado Pedro,
 Su discípulo leal, el mas amado,
 Al calor de la lumbre,
 Niega tres veces á Jesus su Maestro,
 Y al cantido del gallo
 Recuerda del Señor la profecía:
 Vuelve á El la cabeza,
 A El á quien ofende, á quien adora,
 Recibe de perdon una mirada,
 Que de dolor el alma le atraviesa
 ;Y amargamente su pecado llora!

Al despuntar el dia,
 Iluminando las soberbias torres,
 Los palacios de oro y de granito,
 Del Sinai la magestuosa cumbre,
 Conducen á Jesus ante Pilatos,
 Quien le remite á Herodes.

Herodes le interroga,
 Y le manda vestir túnica blanca,
 Una caña por cetro dá á su mano,
 Y doblando por mofa una rodilla
 «!Dios te salve, le dice,
 «Rey del pueblo judío!
 «¿Por qué no haces milagros aquí ahora?
 «Muestra tu poderío,
 «Ese templo destruye
 «Y con milagros á tu rey arguye.»

Ya de Pilatos vuelve á la presencia
 El Supremo Hacedor del universo
 Y le manda azotar; y aunque conoce
 Que es inocente de delito y culpa,
 Lavándose las manos,
 A muerte le sentencia despiadado,
 ¡Muerte de cruz, ignominiosa, horrible,
 Ante la cual el cuerpo se estremece,
 La sangre no circula,
 El alma desfallece.....!

«Ved aquí al hombre» diceles Pilatos
 Presentándolo al pueblo en sus balcones,
 Coronada de espinas la cabeza,
 Desnudo y azotado,
 Bañado en sangre su divino cuerpo,
 Cárdeno el rostro, sin aliento el alma:
 «¡Ved aquí al hombre!» mas la turba impía,
 «¡Crucifícale! grita, ¡crucifícale!
 «¡Caiga su sangre, caiga gota á gota
 «Sobre nuestra cabeza y nuestros hijos!
 «¡Que muera quien al pueblo
 «Con sus falsas doctrinas alborota!!»

CAPITULO XXI.

MUERTE DE JESUS.

¡Ardiendo el sol sobre el cielo tristísimo de
 la Palestina, derrama torrentes de fuego de su a-
 brasado disco!

¡Despiden las piedras y la tierra un vapor
 plomizo, muy semejante al que despide el cráter
 combustente de un volcan en erupcion!

¡El viento del Líbano y las brisas del Tor-
 rente huyeron: ni una hoja se mueve, ni una ave-
 cilla canta en los bosques de la ciudad maldita!

Solo se oye, de cuando en cuando, el lúgubre
 subido que causa el pesado volar del águila, que
 cruza lentamente el horizonte en busca de una ro-
 ca ó el agudo silbar de la jaspeada serpiente, que
 desenrollándose levanta su redonda y achatada
 cabeza, dejando ver su afilada y venenosa lengua.

¡Triste está Jerusalem! mas triste que un lu-
 gar de tumbas; mucho mas triste que el gemido
 de una madre, á quien arrebatan un hijo de sus
 brazos!

De la casa de Pilatos, como bandada de bui-
 tres sobre su presa, sale una multitud de judíos,
 llevando en el centro á Jesus, con la cabeza hecha
 mil pedazos por las agudas puntas de una espino-